



## **II Jornadas de Investigación en Humanidades**

**30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007**

**Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades  
Bahía Blanca, Argentina**

### **Auspiciantes:**

**Fundación Ezequiel  
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de  
Derechos Humanos del  
Departamento de  
Humanidades de la  
Universidad Nacional  
del Sur**

## El libro como emblema de la aristocracia intelectual del siglo II: Luciano, *Contra un ignorante que compraba muchos libros*

Mónica A. Codecido

Universidad Nacional del Sur

monicacodecido@gmail.com

En los primeros siglos del Imperio Romano es posible constatar la existencia de un nuevo público lector. En efecto, son cada vez más los comerciantes, agricultores y ricos *parvenus* que se acercan a la lectura, conformándose de esta manera dos círculos de lectores: los doctos o *scrupulosus* y aquellos que no lo son.

La época imperial marca entonces la difusión de una ‘literatura para alfabetizados’ diferente de la tradicional ‘literatura para doctos’, que también existe pero permanece reservada para estos últimos, quienes, a su vez, podían acceder a la lectura de los primeros. Parecería ser entonces, que los doctos pueden leer literatura menor y no al revés. Y digo ‘parecería’ porque este público de ricos alfabetizados también va a intentar ‘apropiarse de’, ‘insertarse en’ ese otro circuito de lectura. De esta manera, ellos van a inscribir aquellos textos pensados para el *otium* del lector culto en un nuevo contexto; los van a desviar del circuito de destinatarios para el que fueron pensados y escritos, los van a someter a sus propias lecturas e interpretaciones.<sup>1</sup>

Este público emergente queda retratado –para Guglielmo Cavallo (1998:115)– en una sátira de Luciano: *Contra un ignorante que compraba muchos libros*. En ella el escritor afirma:

“...una cierta categoría de lectores que acumulan en sus casas numerosos libros y que quizá leían gran parte de ellos, sin embargo no conseguían comprender gran cosa del contenido, incapaces como eran de discernir defectos y valores de cada escrito”.

Si bien es cierto que en esta obra Luciano retrata la figura del lector emergente cuya preparación cultural es escasa o insuficiente, también es posible leer en este mismo escrito la virulenta reacción de una elite cultural que se siente molesta, invadida, cuando el lector de la *plebs* se acerca a las obras de *su* circuito literario, más que una discusión acerca del

---

<sup>1</sup> “La apropiación, en el sentido en que la entendemos, apunta a una historia social de los usos y de las interpretaciones, remitidas a sus determinaciones fundamentales (sociales, institucionales, culturales) e inscritas en las prácticas específicas que las producen.” (Chartier, 2000: 48)

nuevo público lector y de las obras acordes a él, se advierte, en esta obra una pugna por el control del libro entre la elite cultural y la emergente elite económica.

El mencionado texto de Luciano permitiría comprobar que en él, más que la representación del público lector emergente –como afirmara Cavallo– su autor nos lega la representación de una elite cultural enardecida que se siente fastidiada frente a la ampliación de la recepción de sus obras y pugna por controlar ciertas prácticas y objetos simbólicos que la identifican como grupo social. El opúsculo de Luciano puede leerse así como una de las estrategias de la elite para mantener el dominio de ciertas representaciones sociales que tradicionalmente le pertenecieron.

*Contra un ignorante que compraba muchos libros* se presenta como una admonición en segunda persona. Un personaje anónimo, del que solo sabemos que pertenece a la elite cultural, amonesta a lo largo de todo el opúsculo al “ignorante que compraba muchos libros” para que abandone definitivamente esta práctica. La figura del narrador<sup>2</sup> aflora a través de la voz de este personaje y de sus diversos actos discursivos, pues no solo increpa a su interlocutor sino que además lo aconseja:

*Y, desde luego, lo que estás haciendo ahora es lo contrario de lo que tú deseas hacer. Crees que vas a parecer ser alguien en el mundo de la cultura, porque te afanas en comprarte los mejores libros. Los tiros, sin embargo, van por otro lado, y eso, en cierto modo, es una prueba de tu incultura. [1]*

Lo interpela:

*¿Por qué sigues afirmando que sabes, y eso sin haberlo aprendido, las mismas cosas que nosotros? ¿De dónde sacaste la ciencia (...) el Helicón, donde se cuenta que tenían sus tertulias las Musas, no lo oíste nombrar en tu vida, ni tenías en tu infancia tertulias como las nuestras; casi resulta un sacrilegio que menciones a las Musas (...) Pero desde luego tu falta de escrúpulos y tu osadía en la materia llegan a tal punto que no tienes reparo en decir que recibiste educación, o que te preocupó siempre tener un libro en la mano o que tu maestro fue fulano de tal o que acudías a la escuela de mengano de tal. Y, ahora tienes la esperanza de recorrer todas estas etapas con este único afán, el adquirir muchos libros. [3]*

---

<sup>2</sup> En términos de Filinich (1997:66), estamos en presencia de un narrador virtual: “La presencia virtual del narrador se caracteriza por desempeñar la función de destinar a otro su discurso pero carecer de una voz que lo manifieste. Se trata de un narrador cuyo silencio es elocuente. El narrador calla para que los personajes se expresen (...) El narrador no habla sino que muestra”

*Y si estás firmemente decidido a permanecer en manía semejante, ¡adelante!, compra libros, tenlos bien guardados en casa, y saca el máximo partido de tan famosa compra; con eso tienes bastante. No se te ocurra ponerles la mano encima, ni leerlos, ni mancillar con tu lengua textos y poemas de hombres del pasado y que no te han hecho ningún daño. (...) Los seguirás comprando y seguirás sin sacarles ningún partido, y seguirás siendo el hazmerreír de las gentes con cultura, que se dan por satisfechos no con la belleza de los libros, ni con su elevado precio, sino con las palabras y el pensamiento de los que han escrito en ellos. [28]*

El concepto de lucha de representación entendido como el enfrentamiento de las imágenes propuestas y las impuestas, nos permite ver el texto luciánico como un *campo de batalla* en el que se enfrentan la representación que el ignorante propone de sí mismo (y de su grupo) y aquella que, obviamente contra su voluntad, le impone el enunciatario. Por medio de estas acciones el enunciatario construye la figura del narratario con un claro propósito: mostrarle cuál es su verdadera condición para alejarlo de los libros, de esta manera se logra imponer al nuevo lector una imagen contraria a la que el ignorante pretende dar de sí. La denuncia de sus prácticas de lectura y de adquisición de libros como parte de un boato ostentatorio, la referencia a su origen y a la falta de una educación sistemática son las principales estrategias puestas en juego para desenmascarar al estafador y establecer la diferencia entre lo que verdaderamente *es* y lo que quiere *aparentar*.

Ahora bien, en este opúsculo no solo es posible observar la imagen que la elite cultural trata de imponerle a su grupo antagónico, a los nuevos lectores, sino que además es posible constatar la representación que este grupo presenta de sí mismo: la imagen de una minoría selecta a la que se puede caracterizar como enardecida y violenta pues para no permitir que el advenedizo se apropie de sus atributos llega al punto extremo de elegir la destrucción del libro antes de permitir que circule.

*Demetrio el cínico, al ver en Corinto a un analfabeto leyendo un libro precioso –las Bacantes de Eurípides, creo, en el pasaje en que el mensajero explica el sufrimiento de Penteo y la acción de Ágave–, arrebatándoselo lo destrozó diciendo: “Vale más la pena que Penteo sea despedazado una vez por mí, que mil por ti. [19]*

Mientras que el ignorante destroza metafóricamente el texto, pues lo envilece y mancilla con su lectura, Demetrio –que huelga decirlo pertenece al mismo grupo que el enunciatario– lo destroza de manera literal, lo rompe, lo destruye, prefiere que el libro desaparezca antes de verlo en manos de un ignorante. Esta es la clase selecta a la que pertenece el enunciatario, una minoría cultural que se siente amenazada frente a la diversidad y ampliación del universo de lectores y que no duda en destruir los símbolos que la representan antes de permitir que los advenedizos se apropien también de ellos.

Al hacer referencia a la irrupción del nuevo público lector en los primeros siglos del Imperio Romano, Cavallo (1998:17) explica también cómo, poco a poco, este público emergente empezó a ser tenido en cuenta por los grandes autores: Horacio sabe que su libro “*deberá afrontar el contacto con un vulgus de dudosa filiación cultural, anónimo*” y Ovidio, por el contrario,

*...ve en el libro el intermediario entre su obra y un lector amigo a quien el libro le pide que le eche una mano, y el cual no es otro que un nuevo y desconocido lector de esa plebs para la que Ovidio escribe fundamentalmente.*

Ahora bien, este cuadro de situación podría complementarse con la figura de Luciano, pues si Ovidio se encuentra en el extremo de los escritores que ven con agrado la lectura masiva de sus obras y Horacio, en un término medio, asume que –¿desgraciadamente?– sus obras deberán correr el riesgo de caer en manos del *vulgus*; el samosatense se hallaría en el otro extremo, en las antípodas de Ovidio puesto que, en *Contra un ignorante que compraba muchos libros* reacciona contra este nuevo público, lo satiriza, lo injuria y lo aleja de las obras de su circuito literario.

Es posible afirmar que más que la representación del público emergente, Luciano nos lega una representación de su grupo que peligra frente a la expansión de dicho público y de la batalla que está dispuesto a librar con tal de impedir que los libros, ‘sus libros’, caigan en manos del *vulgus*. Partimos de un concepto fundamental:

“las representaciones del mundo social (...) aun cuando pretendan la universalidad de un diagnóstico fundado en la razón, se sustentan siempre en los intereses del grupo que las forja. De allí la necesaria puesta en relación de los discursos con la posición de quien los emite.” (Chartier, 2000: 44)

De esta afirmación de Chartier se desprende que, para poner en relación este opúsculo que estamos analizando con la posición de quien lo emite, debemos salirnos del plano de la enunciación narrativa y trasladarnos al plano de la enunciación literaria; es en este último donde nos encontramos con el enunciador del discurso, el autor.

Las representaciones que circulan en esta obra son el resultado de las elecciones del enunciador quien las construye, fundamentalmente, a partir de la situación narrativa planteada. Veíamos que Luciano nos presenta un texto narrado en segunda persona; crea para ello, la figura de un enunciatario que dialoga, mejor dicho, monologa con su interlocutor, puesto que en ningún momento le cede la palabra, ni siquiera tras las largas interrogaciones a las que lo somete. El objetivo que se persigue es evidente: no se escribe esta obra para que el ignorante se explique, para discutir con él. Se la escribe como parte de una estrategia para controlar la circulación de la palabra escrita, de un patrimonio cultural y negar la palabra es parte de esa estrategia.

La táctica de Luciano consiste, básicamente, en introducir en su obra escenarios de lectura para que allí se diferencien los lectores *scrupulosus*, los que tradicionalmente tuvieron acceso a la cultura escrita, de los advenedizos, de los nuevos ricos que pretenden ostentar 'saber'. De esta manera, al leer, comprender y compartir el texto luciánico el lector confirma su sentido de pertenencia al grupo. La elite se reconoce allí, se confirma como tal y confirma sus prácticas, no sólo de lectura sino también de resguardo de su patrimonio simbólico.

En cuanto a las prácticas de lectura el texto es muy claro: la elite es la destinataria legítima de los libros que tradicionalmente le pertenecieron –aquellos que leyeron en sus tertulias cuando se formaban, aquellos que se encuentran en los anaqueles de las bibliotecas que heredaron–, las obras que conciernen a lo que Cavallo denomina “literatura para doctos”. Esas son las lecturas que deben ostentar frente al advenedizo, por las que tienen que preguntar, inquirir sobre su trama, para demostrarle que, por más que posea los libros, no podrá acceder nunca a la cabal comprensión de estos mundos discursivos, al verdadero valor de esas obras que para los ignorantes permanecerá encriptado aun cuando deslicen sus ojos sobre ellas y pronuncien las palabras que cifran.

Esta práctica simultánea de la lectura elevada y su ostentación no es la única que se promueve en el texto para alejar al nuevo lector del capital simbólico de la elite. El

opúsculo de Luciano fomenta la exhortación a que abandone los libros, a agraviarlo si es necesario para lograrlo, a burlarse de él. Y se podría decir que el autor predica con el ejemplo, pues, en efecto, a lo largo de la obra nos presentó un enunciario que se burla de su interlocutor, lo injuria e incluso sugiere que, de ser necesario, es capaz de destrozar los libros con tal de evitar que caigan en sus manos.

*Contra un ignorante que compraba muchos libros* no funciona, entonces solo como un texto en el cual se presenta al nuevo público y sus prácticas de lectura. Es también un espejo en el que la elite se reconoce, se identifica y fortalece sus lazos. En el que ve representadas las prácticas que necesita llevar a cabo para impedir que la *plebs* se apropie de los símbolos de su clase, los símbolos que legitiman su poder, su rango social.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARFUCH, Leonor y GOLDMAN, Noemí, (1994) “Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier.” en *Entrepasados* N° 7, Año IV
- BAZCKO, Bronislaw, (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectiva*, Nueva Visión.
- CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger, (1998), *Historia de la lectura en el mundo Occidental*, Taurus.
- CHARTIER, Roger, (1996) *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Manantial.
- CHARTIER, Roger (2000) “La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones”
- SPURR, David (1999), “Scènes de lecture”, *Poétique* N° 120